



[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

*Historias del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda*

© Del texto: 1996, 1998 y 2022, Graciela Montes

© De las ilustraciones: Javier Joaquín

© De esta edición:

2022, Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

2024, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá-Colombia

[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

ISBN: 978-628-7672-10-9

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición en Loqueleo Colombia: junio de 2024

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

# Historias del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda

Graciela Montes

Ilustraciones de **Javier Joaquín**

loqueleg



Hay a veces acontecimientos o personas que impresionan tanto el imaginario de su época que se termina por construir una historia alrededor de ellos. Cada narrador la cuenta a su manera: agrega un episodio, quita otro que no le gusta, achica lo cotidiano, agranda lo extraordinario, y lo que había empezado siendo una crónica —el relato de un suceso— termina convirtiéndose en leyenda. Y después, en cuento. Tal vez haya sido esto lo que sucedió con Arturo, un rey celta que vivió en Gran Bretaña a comienzos de la Edad Media. Aunque los historiadores nunca lograron ponerse de acuerdo con respecto al sitio exacto donde pudo haber estado el castillo de Camelot ni si los caballeros aliados se

sentaban o no a deliberar en torno de una mesa redonda. A veces un hallazgo arroja un poco de luz sobre el misterio, pero la mayor parte de los hechos sigue hundida en el pantano del tiempo.

6 El cuento, en cambio, sí que existe, de eso no hay duda. Tanto existe y tan vigoroso es que, a partir del siglo XII —y gracias en buena medida al francés Chrétien de Troyes, que lo convirtió en una espléndida novela en verso—, pasó a ser el relato más popular de toda Europa. Cuando alguien pensaba en magia y hechicería, decía Merlín. Cuando se hablaba de un rey heroico y justo, se recordaba a Arturo. Lancelote era el modelo de caballero enamorado, y la reina Ginebra, la dama más bella, noble y triste.

Todos, ricos y pobres, disfrutaban de estos cuentos. Los contaban los juglares en los patios de los castillos. Los leían en gruesos tomos los pocos que sabían leer. Los chicos los incorporaban a sus juegos y los poetas, a sus poemas. La caballería estuvo de moda durante varios siglos,

y se escribieron centenares de novelas con ese tema, unas pocas buenas y muchas muy malas (de esas que Cervantes parodiaría luego en su genial *Don Quijote de la Mancha*).

A la larga lo malo cayó en desuso. Y quedó lo bueno. Las buenas historias. Como estas que quisimos volver a contar aquí: la del rey que probó que merecía ser rey arrancando la espada de la piedra, y las de sus valientes y galantes caballeros.



## Arturo, el dueño de la espada

¿Quién hubo más famoso que Arturo, el rey de Bretaña? ¿Quién fue más admirado? ¿Quién protagonizó más historias? ¿Quién tuvo más seguidores, más imitadores, más adoradores? Tan amado y venerado fue Arturo que se salió de la historia y empezó a vivir en los cuentos. Es más: se sigue murmurando en algunas comarcas de Bretaña que no murió ni morirá jamás, que, derrotado y malherido luego de su última y feroz batalla con Morderec, el traidor, subió a bordo de un barco volador que lo llevó a Avalón, el país de las hadas, y que un día, un día cualquiera, cuando nadie se lo espere, va a volver para hacer revivir el mundo de la caballería.

Son cuentos que cuentan los bretones, cuentos que vale la pena contar.

10 Arturo fue hijo de Uter Pendragon, rey de Bretaña, y de la reina Iguerna. Pero, en realidad, eso es algo que nadie supo sino hasta mucho tiempo después, porque sucede que, como Iguerna no era la legítima esposa de Uter sino la esposa de otro rey, y sus amores con Uter eran secretos y prohibidos, cuando Arturo nació, decidió dárselo a criar a otra persona para que su esposo, el rey, no se enfureciera. Fue un consejo de Merlín, el mago genial, que ya había resuelto muchas cuestiones importantes en Bretaña y que se convirtió desde ese momento en leal e inseparable protector de Arturo.

Fue él quien le eligió el nombre y quien le eligió padre adoptivo: Antor, un hombre bueno, que ya tenía otro hijo de la edad de Arturo. Así fue creciendo Arturo, con una vida sencilla, porque, según opinaba Merlín, todavía no había llegado el momento de demostrar quién era.

Pero el momento llegó.

Fue después de la muerte de Uter Pendragon y cuando todos los caballeros de Bretaña se peleaban por sucederlo en el trono. El rey no había dejado heredero, de modo que cualquiera de los nobles se sentía con derecho a ocupar su lugar. Bretaña estuvo a un tris de caer en una guerra civil espantosa, porque en esos tiempos las discusiones no se hacían con palabras, sino con lanzas y espadas.

11

Entonces fue cuando se apareció Merlín con sus milagros.

De pronto, un domingo, en medio de la plaza de la ciudad de Londres —que en esos tiempos no era lo que es ahora, por supuesto, sino poco más que un castillo rodeado de algunas casas y una gruesa muralla—, apareció un enorme bloque de mármol con una espada clavada hasta la empuñadura, y en la empuñadura, letras de oro que decían: “Quien pueda arrancar la espada ha de ser rey de Bretaña”.

Al comienzo los hombres ricos se pelearon por ver quién iba a ser el primero en hacer la

prueba, pero pronto se dieron cuenta de que, quien más quien menos, todos tendrían la oportunidad de ensayar su fuerza.

12 Estaba claro que no era una espada cualquiera. Por mucho que tiraran con toda fiereza, por mucho que apretaran los dientes e hicieran arder sus rostros como volcanes, la espada no cedía ni un milímetro, como si formase parte de la piedra de mármol en la que estaba enterrada.

Durante meses estuvo la espada ahí, recordándoles a todos que no había aparecido aún el verdadero rey de Bretaña.

Un día de esos que aparecen necesariamente en los cuentos, sucedió lo que Merlín tenía previsto que sucediera: llegaron a la ciudad Antor y sus dos hijos, que tenían por entonces dieciséis años.

Arturo era un muchacho bastante pacífico, pero su hermano era algo peleador y, poco después de llegar, se trabó en una discusión con otro muchacho de su edad.

—Arturo —le dijo a su hermano cuando la discusión subió de tono—, vaya a la posada y tráigame mi espada.

Arturo fue, pero por mucho que buscó no encontró la espada de su hermano. Como no quería volver sin traerle alguna, pensó que bien podían usar por un rato esa que estaba ahí en la plaza, clavada en una piedra, de modo que fue corriendo hasta el bloque de mármol, arrancó la espada con toda facilidad y se la llevó a su hermano.

El hermano no hizo demasiadas preguntas, ya que estaba ansioso por trabarse en lucha con su adversario, pero la pelea fue suspendida porque se levantó un tumulto y todos quisieron ir corriendo a la plaza para enterarse del porqué de tanto griterío.

—¡Alguien arrancó la espada! —exclamaban todos—. ¡Es un milagro!

Y también preguntaban:

—¿Dónde está el rey?! ¡¿Dónde está el rey?!

Cuando Arturo se acercó con su hermano para ver lo que sucedía y se enteró de la historia de la espada milagrosa, se sintió muy confundido. Sabía que había arrancado la espada de ahí, pero también sabía que él no era ningún rey: ¿cómo podía ser rey el hijo de un hombre bueno como Antor, que no era un hombre rico?

14

—Debe de haber un error —dijo cuando logró que alguien lo escuchara—. Yo fui el que sacó la espada. La tomé prestada para mi hermano, nada más. Pero yo no soy hijo de rey. Mi padre, Antor, es este que está acá mismo.

Entonces fue cuando, en medio de un remolino negro como un huracán pequeño, apareció Merlín, el poderoso. (Era lo que hacía cuando no tenía más remedio que darles algunas explicaciones a los hombres.)

—Este —dijo Merlín— es Arturo, hijo de Uter Pendragon y de la reina Iguerna, criado por Antor, aquí presente. Es el hijo del rey, y ahora, rey de todos ustedes.

